

# Los Contem pora neos

La triste historia de comidos y comientes en los Andes —historia buñuesca, como «La mort dans ce jardin»— pesa estos días sobre la conciencia de los españoles. Se la hace pesar. Los

## NECROFAGIA Y VIVIFAGIA

sabios de la tribu se han reunido a la llamada de los periódicos y hacen sus comentarios éticos, sociológicos, antropológicos, médicos. Se alinean sutilezas bizantinas, condenas, absoluciones, reparos, comprensión. Se nos hace pensar: «¿Qué haría usted en el lugar de ellos?». Ellos son los comientes. Mi conciencia, aunque española, es escasamente vacilante: hubiera comido compañero muerto. Y si me pongo en el otro lado de la situación, la verdad, no me hubiese importado ser comido. Entre un batallón de gusanos y un grupo de compañeros de avión, hubiera preferido ser devorado por los compañeros de viaje. «Qué tierno está Pozuelo —dirían—, lástima que no hayamos podido condimentarlo al ajillo». Yo mismo he cambiado algo de mentalidad después de leído el relato de la tragedia, y considero a mis compañeros con arreglo a una escala de valores que antes no había tenido en cuenta. Pienso en mi director en pinchitos, con un poco de comino, asado sobre brasa de carbón. En una secretaria que yo sé a la cacerola. En un botones «a la maître d'hôtel». El pensamiento canibal viene, dicen los periódicos, de la noche de los tiempos. ¿Y no volvemos, poco a poco, a la noche de los tiempos? Pero con un poco de civilización, de arte culinario. «Abrase en canal a Carandell, rellenesele de nuez picada, carne y jamón; cózasele, úntesele de aceite antes de meterle en el horno...». Jonathan Swift proponía, hace años, el guiso de niño irlandés para terminar con el problema de Irlanda («Una modesta proposición...»). Todo sería hoy distinto en Dublín si se le hubiese hecho caso.

La necrofagia, en general, me inquieta poco. Me preocupa más la vivifagia. Me inquieta que, de un modo o de otro, se me estén comiendo vivo. No entiendo demasiado bien a los moralistas. Soy poco dado a cuestiones de discriminación ética o de casuística. No leo con facilidad una columna de lamentaciones morales por la más bien espantosa comilona de los superstitios del avión de los Andes, cuando en

la de al lado se elogia la virtud y la decisión de Truman —muerto en su cama, casi nonagenario— cuando se cargó a doscientas mil personas en Hiroshima y Nagasaki. No sé bien cómo

nuestros moralistas matizan las circunstancias en que es posible comerse a un ser humano muerto en accidente —siempre con el tono admonitorio, tan español, de advertir que si no se está en esas circunstancias muy especiales, uno no es correcto— y no emiten sus sabios juicios acerca de algunas monstruosidades del tiempo presente. Pero los moralistas suelen precipitarse con fruición sobre los casos infrecuentes, insólitos y lejanos, y abandonar, desdeñar o prudentemente soslayar los muy próximos. Eso les permite ser severos.

Necrofagia... Todos, más o menos, caemos en ella. Yo no puedo evitar un cierto remordimiento cuando pienso que por el hecho de vivir en una zona del Occidente feliz tengo derecho a una vida media de setenta años, mientras un nativo de Bengala no pasará de los treinta: los cuarenta años de diferencia entre ese hermano bengalí y yo me los estoy comiendo cada día. Otros viven de los muertos de una manera metafórica. Son sus intérpretes, son los ecos de sus voces desaparecidas. Y pretenden que esas voces de los muertos les designan a ellos como eternamente vivos. (Vivo, tercera acepción de la Academia: «Que está en actual ejercicio de un empleo.») En la posguerra conocí un patriota que cuando la administración le negaba alguna de las prebendas, beneficios o dádivas a las que se creía con derecho, exclamaba con furor: «¡Y para esto hemos muerto un millón de españoles!». Se convertía así en un personaje doble: se incluía entre los muertos para tener derecho a la vida del héroe.

Sí, preferiría haber sido comido o comiente en los Andes a ser el elogiado y bien enterrado Presidente Truman, con su solemne epitafio: «Hice lo que debía». Carandell me comería en los Andes —es mucho más apto que yo para la supervivencia— y la pediría que mi roído esquelito tuviera un cartelito sobre el esternón: «Yo sí que hice lo que debía».

## POZUELO

## Bangla-Desh

### TIEMPO DE LADRONES

Un año después de la liberación se oyen ya frases como ésta: «¿De qué ha servido verter tanta sangre?».

«¡Joy Bangla!», «¡Viva el Bangla-Desh!». En la plaza mayor de Dacca, una compacta multitud celebra con su bien amado ídolo el primer aniversario de la independencia del país. Una muchedumbre fiel, aunque ya no entusiasta. En cuestión de meses ha declinado sorprendentemente la popularidad del jeque Mujib. Aunque éste sigue siendo «Banga Bhandhu», el amigo de Bengala, su aureola ha perdido gran parte de su esplendor desde aquel glorioso día en que, recién salido de las cárceles pakistaníes, el jeque aterrizará en el aeropuerto de Dacca en olor de multitud. En aquel momento el jeque lo podía todo. El fervor del pueblo bengalí era su capital más precioso para la reconstrucción de un Bangla-Desh en ruinas. Su sueño, el «sonar Bangla», Bengala dorada, se había convertido en el sueño común de setenta y cinco millones de hombres, dispuestos en aquel momento a todo con tal de convertirlo en realidad.

Pero Mujib no ha sabido o no ha querido movilizar las energías. Ha preferido rodearse de los elegidos de la Liga Awami, los mismos que, mientras la guerra hacía estragos en el Bangla-Desh, formaron en Calcuta un Gobierno en el exilio. Estos nuevos privilegiados han amasado, en cuestión de meses, enormes fortunas, hasta el punto de que el pueblo, exasperado, llama ya a la Awami League (A. L.): «Association of Looters» (Asociación de Ladrones).

«Preferiríamos ser explotados por los pakistaníes antes que por los nuestros —se lamenta un humilde campesino—. ¿Para qué ha servido nuestra lucha, toda la sangre vertida? Somos más infelices aún que antes». La situación es, en efecto, dramática. Desde el final de la guerra, el precio de los artículos de primera necesidad se ha duplicado e incluso triplicado: el maund de arroz (treinta y cinco kilos) ha pasado de cuarenta takas (1) a noventa. Un pequeño sari de algodón, que antes valía quince takas, hoy cuesta entre cincuenta y setenta. El mínimo vital se ha convertido en un lujo para una población cuyos ingresos medios mensuales son de aproximadamente cincuenta takas. Recientemente se han producido algunos fallecimientos por

inanición en varios pueblos del país. El Gobierno ha importado millares de toneladas de arroz, pero éste parece llegar sólo raramente a sus destinatarios...

Todos los días estalla algún escándalo que pone en evidencia, además de la acumulación ilícita y el mercado negro existentes, un contrabando a gran escala entre el Bangla-Desh y la India. El arroz y el yute atraviesan continua y tranquilamente una frontera de tres mil kilómetros que resulta imposible vigilar con eficacia. El yute sirve para alimentar las fábricas de la Bengala india, fábricas que desde hace un año registran una gran actividad. Se han vuelto a abrir incluso algunas fábricas que habían sido cerradas.

### Una frontera permeable

En el mercado de Calcuta se encuentran incluso productos de la ayuda internacional —mantas británicas, tejidos japoneses, medicamentos franceses y americanos—, sin que los vendedores se hayan preocupado siquiera de deshacerse de los envases originales, que aún llevan etiquetas marcadas «Destination Dacca». Los campesinos de las ciudades y aldeas fronterizas aseguran que el transporte se lleva a cabo en camiones de la Liga Awami. Es seguro en cualquier caso que un contrabando a esa escala sólo es posible con la complicidad de las autoridades.

Existe además un tráfico de licencias de importación y distribución de mercancías. El diario de oposición «Holiday» señala que «muchos que no son comerciantes consiguen licencias gracias a las presiones del partido en el poder. Estas licencias las venden luego a otros con grandes márgenes de beneficios». Las licencias pasan así de mano en mano, convirtiéndose en valores que los negociantes guardan en sus Carteras en espera de que aumenten de valor. Y mientras tanto, claro está, ni huella de las mercancías que tanta falta hacen. Por último, la devaluación del taka (oficialmente en paridad con la rupia india, aunque en realidad vale dos veces menos) provoca una fuga de capitales bengalíes en dirección de la India, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

¿Cómo reconstruir una economía en esas condiciones? Ya al

(1) Un taka igual a siete pesetas.